

Bx 1805

46

1846

V. 1



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

ADVERTENCIA DEL EDITOR.

El corto número de ejemplares que vinieron de esta obra americana hizo que ella se conociese tarde en Europa; pero sabido el sumo aprecio con que habia sido recibida en Roma, en aquel centro de las luces y del saber en materias eclesiásticas, se movió la curiosidad pública y nació un gran deseo de que se hiciese una edicion europea de un libro en el cual se decian vindicados de una manera tan concluyente los derechos del primado pontificio, y probada la eminente utilidad de su ejercicio y su imprescindible necesidad con una erudicion tan llena y una dialéctica tan apremiante, que quedaban para siempre sin réplica los espíritus mas díscolos y mas obstinados. Es para satisfacer este deseo que publicamos la presente reimpression.

Séanos lícito dar aquí el parabien al autor benemérito, que, al paso que prestaba un servicio señalado á sus conciudadanos de América,

y á sus hermanos todos del mundo católico, se colocaba en primera línea entre los teólogos, los canonistas y los eruditos de nuestros tiempos.

Siendo destinada principalmente esta reimpression á la Península española, el editor ha juzgado oportuno corregir ciertos modismos en la diccion que hubieran podido parecer allí extraños, y que tal qual vez dificultarian la inteligencia del período, necesitándose segunda lectura para asegurarse del verdadero sentido. Igualmente ha creído conveniente modificar algo en la puntuacion, adoptando un sistema uniforme y lógico, á fin de aliviar la atencion, quanto fuere posible, en una lectura tan delicada é importante : siendo de todo punto inútil añadir que, en estas ligeras correcciones, se ha respetado como se debia el pensamiento del autor, dándole al contrario mayor claridad para los lectores á quienes se dirige la edicion.

DISCURSO PRELIMINAR.

Los incrédulos y malcreyentes, escépticos, ateistas, deistas, socinianos, protestantes, reformados, jansenistas, etc., en una palabra, todos los enemigos de la religion católica, de cualquiera especie que sean, aunque opuestos en sus ideas y opiniones, se unen en una sola cosa : todos conspiran amigablemente en aborrecer de muerte, y destruir el poder espiritual del Papa ; porque todos perciben claramente esta verdad de una evidencia casi intuitiva, que, destruido el poder que sirve de base y fundamento á la unidad característica de la Iglesia católica, se desmorona y viene por fuerza en tierra todo el edificio de esta : único objeto de sus desvelos.

¿ Cómo es pues que algunos de los que se dicen adictos á esta religion, que pretenden hallarse en su seno y se glorian de ser católicos, son los únicos que desconocen esta verdad, en la que á excepcion de ellos está de acuerdo el género humano, es decir, los amigos y enemigos de la religion católica, los que quieren conservarla y los que quieren destruirla ? ¿ Cómo á la sombra del catolicismo se unen con estos últimos y se valen de las mismas armas para aniquilar el poder generador y conservador del catolicismo ? ¿ Cómo no se avergüenzan de la monstruosa contradiccion en que caen ?

Lo único que puede descifrar este enigma es el intento que llevan de herir y destrozár sin ser conocidos;

de engañar al comun de los fieles con la máscara de católicos, para dar, sin que estos lo sientan, un golpe seguro y decisivo al catolicismo. Con esta mira no hay embuste ni artificio que no jueguen diestramente. Todos comienzan por confesarle al Papa el primado en la Iglesia, porque de lo contrario serian descubiertos, y todo se habria perdido; mas al mismo tiempo van poco á poco y con gran disfraz destruyendo la cosa significada por aquella palabra. Ellos le dan el sentido y extension que se les antoja. Unos, como Tamburini, ocultan ó debilitan sus pruebas hasta reducirle en realidad á un primado de puro honor, aunque sostengan en la apariencia que es tambien de jurisdiccion. Otros, como Villanueva, exageran con increíble furor los abusos de su ejercicio, para inducir los ánimos por el odio que inspiran contra el papado á negarle sus derechos. Otros, como Mr. de Pradt, lo pintan, á la moda de los nuevos filósofos, como un negocio de pura conveniencia de los Papas, no como una autoridad á cuya obediencia está ligada la salud de los fieles.

Todos afectan un gran respeto por los cánones antiguos, que la Iglesia regida siempre por el Espíritu de Dios ha variado, para romper impunemente el primero, el mas antiguo, esencial é invariable de los cánones, que es el de conservar la unidad por la dependencia y sumision á su jefe. Todos vociferan de usurpacion sus prerrogativas, no solo sin probarlo jamas, pero aun sin dar muestras de conocer siquiera ó de haber alguna vez deslindado la fuente de donde ellas nacen. Todos denominan ultramontanismo la fe de todos los siglos, y quedan ufanos con pronunciar esta palabrita inventada modernamente por la lijereza francesa, y repetida hoy á

propósito para embobar necios. Todos designan las falsas decretales aparecidas en el siglo VIII como el archivo de donde los Papas han sacado sus facultades, sin tomarse la pena de indagar si emanan de las atribuciones del primado tan antiguo como la Iglesia, ó si consta por otros monumentos ciertos é incontestables que ántes de aquella época las ejercieron. Inventan sutiles y frívolas distinciones para destruir la realidad del primado, convirtiéndolo en una idea puramente abstracta. Desviven, en fin, agítanse hácia todas partes y hasta se enfurecen por llevar al cabo su idea favorita de descarnar el primado hasta dejarlo esqueleto.

Como á pesar de todas sus cavilaciones y sofisterías ven que en la Iglesia, como en toda sociedad, es indispensable una autoridad suprema, sopena de disolverse, en su última desesperacion, resuelven prodigar á la potestad civil la autoridad espiritual que mesquinan ó quitan al Papa; no al descubierto como los anglicanos y protestantes, sino por rodeos y bajo los nombres especiosos de intendencia en la disciplina externa, ejecucion de los cánones, suprema proteccion, regalía, alta policía, etc.

Así es como, bajo el pabellon del catolicismo, militan contra él á su salvo, abriendo mil brechas á la Iglesia católica, para introducirle la rebelion contra la suprema autoridad espiritual del jefe que puso Dios en medio de ella, y tras esto aniquilarla por la amalgama ó composicion que intentan hacer de esta autoridad esencialmente divina con la de los hombres, en donde por fuerza parece degenerada y sacada de su propio lugar y elemento.

No se distinguen pues de los otros enemigos de la

religion sino con la diferencia que hay de un enemigo oculto y solapado al que es manifesto y público. Por consiguiente, así como los mas nocivos, son tambien los mas peligrosos de todos.

El golpe que destruye así la autoridad suprema del Papa, destruye á un tiempo la subalterna de los obispos; y por consiguiente toda la autoridad de la Iglesia. Pues con las mismas razones con que cada obispo se sustrae-ria de la dependencia del Papa, cada presbítero y aun el pueblo mismo sacudiria la de su obispo; y con los mismos pretextos con que un príncipe ó gobierno soberano rehusaria la intervencion del Papa en las causas mayores espirituales que son de su resorte, un gobernador ó prefecto de provincia rechazaría la del obispo en las menores de su incumbencia, para disponer ó dirigir los negocios eclesiásticos en pequeño, como aquel los dispone y dirige en grande.

Y ¿cuál seria el último resultado de esta empresa acometida por los católicos aborrecedores del Papa? La ruina de toda religion, no solo de la católica. Esta luego faltaria, desde que el Papa, que es el centinela puesto por Dios para cuidar de la gran familia cristiana dispersa por todo el mundo, no tuviese facultad de impedir los daños que en todo sentido recibiría. No puede ménos de confesarse que él debe velar sobre la unidad invariable de la fe y de la moral evangélica. Y ¿cómo podría desempeñar este oficio, sin la autoridad del régimen en las causas mayores que le están reservadas, como la ereccion de nuevas iglesias ó desmembracion de las existentes, la provision de sus obispos, etc.? Cada una de estas ocurrencias puede servir de ocasion ó de pretexto para introducir los errores, y para alterar la dis-

ciplina que es el antemural de la fe, de la pureza del culto, de la integridad de la moral. ¿Cómo podrá responder de lo que por estas causas suceda en daño de la religion y de las almas, si de todo lo dicho se dispone sin su conocimiento ni aprobacion? ¿Cómo podrá responder de la doctrina que prediquen ó de las alteraciones sustanciales que hagan en la disciplina y en el culto los obispos puestos acá y allá, sin que de antemano se informe de su fe y de su conducta para constituirlos pastores de esta ó de la otra parte del rebaño que se le ha confiado en su totalidad por Jesucristo, ó para repelerlos como lobos que ni por un solo instante entrarían en el rebaño sino para despedazarlo ó hacerle llagas incurables? mucho mas, si la distancia en que estuvieran del supremo pastor y la independencia de él con que habrían recibido el ministerio, les diese, por una parte, mas tiempo de dañar el rebaño sin que aquel lo supiese para salir al atajo, y por otra, los dispusiese á la inobediencia y menosprecio de los mandatos apostólicos?

Desechando en todo lo dicho la autoridad del pastor comun de la Iglesia, y sustrayéndose enteramente de su régimen, cada iglesia quedaria por su cuenta; y desde entónces no hay que esperar unidad, ni en la doctrina, ni en la disciplina. Roto el dique, se introducirían á manera de torrentes todas las sectas y todos los errores. Esta es una verdad de experiencia en todas las iglesias separadas del régimen del Papa. De la libertad de las sectas y de la variedad y colision de las opiniones religiosas nacería, como en la Europa, el deísmo, el ateísmo y la incredulidad absoluta; es decir, quedaria destruida al cabo toda religion. Esta es otra verdad reco-

nocida por los incrédulos mismos, y demostrada con evidencia, así por los hechos que ministra la historia de la moderna incredulidad, como por los racionios de todas las sectas por donde esta ha ido deslizándose del protestantismo al deísmo, de este al materialismo, y finalmente á la indiferencia de religion ó absoluta incredulidad.

Tal es el término á que conduce el primer paso de desechar la autoridad de régimen del Papa. Para precaver pues al comun de los fieles de los lazos que se les tienden, los que si no evitaren en tiempo, no solo dejarían de ser católicos, sino tambien serian sin remedio arrastrados hasta el abismo de la irreligion, hemos escrito este Ensayo. En él hablamos con los católicos, porque todos en la América hacemos profesion de serlo, por consiguiente racionamos siempre apoyados en los principios del catolicismo. Con los que nieguen estos ó los contradigan seria menester discurrir de otro modo; mas no es nuestro intento entrar en controversias con los que públicamente están separados del Papa y de la unidad católica.

La seducción siempre prevalece á favor de la ignorancia; y para desterrar esta, basta una breve y clara exposicion de los principios, que sirva como de luz y antorcha para resolver fácilmente las dudas, ó disipar las prevenciones con que hoy se procura extraviar la fe sencilla del pueblo sobre la supremacia del Papa y sus prerrogativas.

Tal es el método que hemos adoptado con preferencia, dividiendo por párrafos cuanto importa saberse en el dia sobre esta materia. Cada uno de ellos presenta con distincion la cuestion y las nociones en que se funda

su resolucion. Y como hay cuestion que abraza muchas ideas, se ha subdividido aquella en estas para dar á cada una la luz que le es propia.

Despues de fundar la supremacia del Papa en general en la primera seccion del Ensayo, nos ocupará en la segunda una de las principales prerrogativas ó atribuciones del primado, y la que importa conocerse mejor por los nuevos Estados de la América para evitar el peligro del cisma á que es provocada esta por plumas de Europa empapadas del negro tinte de la impiedad filosófica, ó del antipapal fanatismo, á saber, «la de instituir los obispos en la Iglesia.»

Allí verán los fieles católicos mas claro que la luz del medio dia el extraño olvido y trastorno de principios á que dan lugar los pomposos sistemas de rebelion espiritual y de aniquilamiento de la Iglesia que con tanta confianza y risible orgullo nos venden los enemigos ocultos de Dios y de su Cristo.

No aspiramos al mérito de originalidad en este escrito. La instruccion y provecho de nuestros conciudadanos en un punto en que el error los precipitaria en el mayor de todos los males, pesa infinitamente mas en nuestro concepto que la vanagloria de decirles cosas nuevas é inauditas. El asunto tampoco lo permite. Lo que está en íntimo contacto con la Religion, cual es el primado del Papa y su influencia en la Iglesia, tiene su fundamento en la creencia uniforme de todos los siglos del cristianismo, y no depende de los nuevos descubrimientos de la razon humana, sino de los antiguos é inmutables enseñamientos de la palabra divina. Nos hemos aprovechado pues de lo mejor que hemos hallado escrito sobre la materia, tomando no solo los pensamien-

tos sino tambien las palabras y frases de otros, cuando nos han parecido inmejorables para instruir y convencer á nuestros lectores, sin perjuicio de añadir reflexiones que son fruto de nuestro estudio y meditacion.

¡ Quiera el cielo excitar por medio de este escrito la luz en todos los corazones cristianos, que les dé á conocer y apreciar la única garantía visible de la unidad y perpetua duracion de la Iglesia en aquel que, como decia un grande y santo pontífice, fué puesto por Dios sobre todo el rebaño y sobre los pastores de él para impedir que alguno no le estravie la porcion que en particular le fué encomendada; y que en los sucesores de su silla, colocada por disposicion divina en Roma, ha dejado hasta la consumacion de los siglos un heredero indeficiente, no ménos de su gravísimo encargo, que de su universal y eminente potestad y consiguientes prerogativas!

SECCION I.

SUPREMACIA DEL PAPA

EN GENERAL.